

Montevideo, Noviembre de 1920

PALAS ATHENEA

Organo de la Agrupación "Palas Athenea"

Año I

Administración y Redacción: Porongos, 2407

Núm. 2

La lanza de Palas

Empuñaremos el martillo de Vulcano, cuando llegue el momento de cumplir la decisión tomada por los hombres, consistente en aplastar al político y al fraile así como las demás uñas, pezuñas y colmillos del estatismo burgués; pero consideramos impropio emplear la muy invicta y gloriosa lanza de Palas, en el exterminio de alimañas tan nauseabundas.

Y en tanto llega ese día que preparamos con inteligencia y amor, la esgrimiremos preferentemente contra la incomprendión, el fanatismo y la indiferencia remorosa y claudicante.

Despertar el hambre y sed de justicia y libertad, será por el momento nuestro primer propósito.

Mech r la vulgaridad triste y ciega de pupilas ideales y visionarias de un porvenir cada vez más explendido, opinamos que es hacer obra positiva y perdurable; levantar cuanto podamos el alma de los nombres, tan expuestos, debido a las influencias ambientales, a caer en las mil formas del mercantilismo soez, lo consideramos indispensable y perentorio. Por lo mismo que, todavía constatamos con verdadera angustia, cómo un espíritu de codicia equivalente al de los explotadores, se manifiesta aún en el trabajo cuando hueiga únicamente para ser mejor estipendiado. A la vez que razonado había de ser el ideal sentido y amado muy entrañablemente, pues, de lo contrario, la rebeldía, solo puede durar lo que se tarde en consolar el estómago.

Es que, sin la necesidad interior que dinamiza la voluntad; sin la conciencia de que nacen y se derivan el amor y el espíritu de sacrificio, por más revolucionario que se sea, todavía se está expuesto a graves contingencias, puesto que, no se tiene el íntimo deseo, permanentemente y creciente de verdad, de la verdad que nos hace definitivamente libres.

Como ilustración de lo expuesto, pueden servirnos los casos que todos conocemos, de *redentores* aplastados por un pan arrojado oportunamente. Más, no es escasa la suma de heroísmo que es menester para hacer evolucionar en sentido ascendente la conciencia; a la par que la causa encarna y nos dignifica, aumentan los obstáculos en proporción casi exacta a la voluntad que se tiene de vencerlos.

Hacerse conscientes, es todo el secreto, pero también, si la tercera parte de los hombres, lo lográssemos de un día para otro, nuestro ideal se consumaría en el mismo espacio de tiempo.

Pero, ¿que revolución se ha hecho con tal proporción de conciencias o voluntades?

Revoluciones efectistas han sido y serán todas las consegidas por móviles exteriores, pues aunque reconociéndoles mucha eficacia en cierto sentido, lo deseable sería que brotaran siempre de necesidades psicológicas que son las únicas progresivas y permanentes.

Sin el ideal que ilumina y redime,

por lo mismo que tiene de transcendental, podría irse a la revolución llevado por el anzuelo del interés como van arrastrado los mercaderes al callejón sin salida donde hallarán su fin.

Pero entonces ¿adónde el valor superior? La jaula del egoísmo se cerraría sobre nosotros como cae y aplasta actualmente a la burguesía. Los individuos, las clases y así mismo la sociedad, elaboran en el presente la dicha y la desgracia de mañana.

Por lo mismo, es que hay necesidad de aunar al golpe eficaz del martillo, la fe ardiente que proyecta y construye el continente nuevo al cual queremos trasladar la vida renovada por el amor, el dolor y el sacrificio consciente.

Los que pretenden hacer las veces de levadura intelectual, moral y espiritual del pueblo, habían de tener más capacidad y voluntad de dolor y sacrificio, y así no carecerían del fuego necesario para encender en las conciencias la convicción profunda en el ideal maravilloso de la Fraternidad Humana.

Lo que esperamos del naturalismo

Es el naturalismo el llamado a efectuar, quizás no tan pronto como se quisiera, pero del único modo eficaz, era hermosa y sublime transformación del psiquis humano.

Es el naturalismo el que quitando el obstáculo, el que limpiando la máquina, imprimirá las resistencias pasivas y logrará que el complicado rodeo social marche armónicamente, sin tropiezos, con suavidad, con disminución de desgastes y sin temor de rupturas! Es el naturalismo el que asignando un papel al hombre en la naturaleza, al hombre creador, al hombre constructor, nos infundirá un respeto inmenso por la vida y nos hará hablar con profunda lástima de nuestros antepasados, los hombres, destructores, de nuestros antepasados los hombres fieras!

Al audaz conquistador o al caudillo revolucionario que, lleno de entusiasmo bélico, se propone inscribir indeleblemente en nombre de las sangrientas páginas de las historias, es preciso someterle a un régimen sin excitantes y a un tratamiento depurativo natural.

El ardor guerrero se le irá al intrépido émulo de Marte, por las vías excretorias que dan salida a sus morbosidades, y el día en que, lleno de satisfacción interior, y de ánimos para el trabajo, nos declare con benévola sonrisa haber renunciado a sus proyectos tremebundos, puede ser que perdamos un héroe para la historia, pero, en cambio de seguro tendremos un cáncer menos en la humanidad, una rémora menos en la evolución y un elemento más de provechosa labor en la sociedad honrada.

Lo repetimos: debe llenar nuestros corazones de inmenso júbilo, el contemplar a los hombres relativamente más hermanados, menos dispuestos a inmolarse el amor universal en el arca

indigna de las divisiones y de las luchas!

Pero, para que lo que hoy es una nueva tendencia pueda ser un hecho consumado, hay que domar nuestro impulsivismo ingénito y luego vivir en conformidad con la Naturaleza, para no ingerir excitantes que desequilibren nuestra normalidad psicológica.

F. CARBONELL.

Del nuevo Ídolo

«A un hay en alguna parte pueblos y rebaños; pero no entre nosotros, hermanos míos; entre nosotros hay Estados.

¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Vamos! Abrid los oídos, porque voy a hablaros de la muerte de los pueblos.

Estado se llama el más frío de los monstruos. Miente también fríamente, y he aquí la mentira rastrera que sale de su boca: «Yo, el Estado, soy el Pueblo.»

¡Es una mentira! Los que crearon los pueblos y suspendieron sobre ellos una fe y un amor, esos eran creadores: servian a la vida.

Los que ponen lazos para el gran número y llaman a eso un Estado, son destructores; suspenden por encima de ellos una espada y cien apetitos.

Donde aun hay pueblo no se comprende el Estado y se le detesta como a los malos ojos, como una transgresión de las costumbres y de las leyes.

Yo os doy este signo: cada pueblo habla una lengua del bien y del mal, que el vecino no comprende. Se ha inventado su lengua para sus costumbres y sus leyes.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal, y en cuanto dice, miente, y cuanto tiene, lo ha robado.

Todo es falso en él; muerde, el muy arisco, con dientes robados. Hasta sus entrañas son falsas.

Una confusión de las lenguas del bien y del mal: os doy ese signo como el signo del Estado. A la verdad, lo que indica ese signo es la voluntad de la muerte; está llamando a los predicadores de la muerte.

Vienen al mundo demasiado hombres; ¡para los superfluos se inventó el Estado!

¡Ved cómo atrae a los superfluos! ¡Cómo se los engulle, cómo los masca y remasa!

«En la tierra no hay nada más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios», así brama el monstruo. Y no son solo los que tienen orejas largas y vista corta los que caen de rodillas!

¡Ay! ¡también en vosotras, almas grandes, murmura sus sombrías mentiras! ¡Ay! él adivina los corazones ricos que gustan prodigarse!

Sí, os adivina a vosotros también, vencedores del antiguo Dios. ¡Salisteis rendidos del combate, y ahora vuestra fatiga sirve aun al nuevo ídolo!

El quisiera colocar en torno suyo héroes y hombres de respeto. A ese frío monstruo le gusta calentarse al sol de la pura conciencia.

A vosotros quiero dároslo todo, si le adoráis. Así compra el brillo de vuestra virtud y la altiva mirada de vuestros ojos.

¡Con vosotros quiere atraer a los superfluos! Si; ha inventado con eso una artimaña infernal, un corcel de la muerte, enjacezado con el adorno relumbrante de los honores divinos.

¡Si; ha inventado para el gran número una muerte que se precia de ser la vida, una servidumbre a medida del deseo de todos los predicadores de la muerte.

El Estado es donde todos beben veneno, los buenos, y los malos; donde todos se pierden a sí mismos, los buenos y los malos; donde el lento suicidio de todos se llama «la vida».

¡Ved, pues esos superfluos! Roban las obras de los inventores y los tesoros de los sabios; llaman civilización a su latrocínio, y todo se les vuelve enfermedades y reveses.

¡Ved, pues, esos superfluos! Siempre están enfermos; echan la bilis, y llaman a eso periódicos. Se devoran, y no pueden digerirse siquiera.

¡Ved, pues, esos superfluos! Adquieren riquezas, y se hacen más pobres. ¡Quieren el poder esos impotentes, y ante todo la palanca del poder: mucho dinero!

¡Ved trepar a esos ágiles monos! Trepan los unos sobre los otros y se arrastran así al cielo y al abismo.

Todos quieren acercarse al trono: es su locura — ¡cómo si la felicidad estuviera en el trono! — Frecuentemente el cielo está en el trono y frecuentemente también el trono está en el cielo.

Para mí todos ellos son locos y monos trepadores y bullidores. Su ídolo, ese frío monstruo, huele mal; todos ellos, esos idólatras, huelen mal.

¡Hermanos míos, queréis, pues, ahogaros en la exhalación de sus bocas y de sus apetitos! Antes que eso, arrancad las ventanas y saltad al aire libre!

¡Evitad el mal olor! Alejaos de la idolatría de los superfluos.

¡Evitad el mal olor! ¡Alejaos del humo de esos sacrificios humanos!

Aun ahora es libre el mundo para las almas grandes. Para los que viven solitarios o entre dos aun hay vacantes muchos sitios, donde se aspira el olor de los mares silenciosos.

Aun tienen abierta una vida libre las almas grandes. En verdad, quien poco posee, tanto menos es poseído. ¡Bendita sea la pobreza!

Allí en donde acaba el Estado, empieza el hombre que no es superfluo; allí empieza el canto de los que son necesarios, la melodía única e insustituible:

F. N.

Y pretendido olvidar...

He pensado en la carga que seporta, —o ruina piltrafa de carne dolorida— escrutando el enigma un tanto absorto del término final de nuestra vida.

Y pretendido reír, pero mi risa suena vacía, cual funebre estertor, y pienso en los gusanos con horror que tienen el destrozo por divisa.

Y noto y palpo el insombrable abismo raro germen de amarga pesadilla. Y pretendido olvidar con mi lirismo qué somos y seremos vil arcilla?

J. G.

El arte teatral desde el punto de vista sociológico

II

"Garçonniers" y "Cabarets" en escena

Han llegado a ser tan comunes en escena estos antros de corrupción, colo consabido tapete en la mesa de juego y el rodar de las piezas en un tablero de ajedrez, vienen a ser algo así como la mascota de los últimos éxitos teatrales.

El grueso del público que se aburre de la prosa de la vida, no va al teatro a aprender nada nuevo, (no le hace gracia la gimnasia cerebral,) quiere olvidar sus penas y gusta de las notas de colores. Para ellos se ha introducido de la «Ciudad Luz» con el último figurín de sus modistas, el cabaret de sus jerez con la elegante «cocotte» parisien.

Con ésto a más de proporcionar satisfacción a nuestro público le demostramos a los europeos que si no hemos tenido la habilidad de crear nosotros el «cabaret», sabemos por lo menos innovarlo dándole carácter nacional y colocando en ese maror de *Luz y de alegría* un bajo relieve de tango Argentino —Más alguien nos ha de objetar— Pero si nuestras gentes de teatro nos presentan estos cuadros para combatirlos precisamente. Demostraremos lo contrario. El mal no se combate sutilizando, adornándolo con falsas piedras, rodeándolo de oropeles. El mal se combate haciéndolo aparecer en su estado repugnante, ahito de vicio cargado de ignominias, saturado de bajas pasiones, desnudo ante el análisis práctico de una observación susceptible a todos los entendimientos, ha de ser un cuerpo abierto sobre la mesa de dirección que es la escena, ante el facultativo del momento que es el espectador.

Lejos de obrar así han idealizado el mal, lo han poetizado llevando a escena «Garçonniers» y «cabarets» llenos de juventud y alegría, (una cascada de risas bajo una lluvia de luces y colores)

Los personajes que giran en ese centro no tienen nada de malo para los que no ven más que lo pintoresco, muy por el contrario son elegantes, visten a la moda, bailan bien, beben champagne (son de un gusto verdaderamente refinado) si acaso cometan algún exceso no pasa de ser una bromita de gente «chic».

A fin de ilustrar nuestro comentario y justificar nuestro acierto vamos a tomar dos obras del mismo autor, completamente antagonicos; lejos de hacer personalismos, tomamos estas obras, por ser una muy conocida y la que más representaciones alcanzó en la vecina República. Los Dientes del Perro, es su título, la otra o sea los «Invertidos» obra que se representó también en la Argentina mereciendo la sesura de las autoridades municipales, por creerla un atentado a la moral al tratar del hermafroditismo o de los pederastas, presenta a esta clase de enfermos morales en todo su aspecto repugnante cargados de lacras paseando sus miserias por la sociedad civil como los seres más inferiores y despreciables dentro de lo humano, esta obra como lo manifestó el autor en una defensa que le hiciera con motivo de su prohibición es altamente moral, (pese a las autoridades constituidas), combate duramente el vicio presentándolo en su verdadero aspecto, ninguno de los espectadores como lo afirma González Castillo en su defensa, desearia ser protagonista de su obra después de terminada la representación, muy por el contrario

le quedará en el alma un destello de compasión para aquellos infelices y un dejo de asco ante un cuadro tan repugnante de degradación moral.

Pero, la primera de éstas obras no obstante haberse aplaudido durante 546 representaciones en la Argentina y una cantidad bastante regular en el Uruguay y seguir representándose aun con el beneplácito de las autoridades, es inmoral.

Es inmoral y señalaremos por qué. Los Dientes del Perro como otros sainetes de su índole se ha visto precisado a recurrir al «cabaret» con todas sus características para ser felizmente acogido por el público de sainetes, y a ello se debe el número considerable de exhibiciones que alcanzó y no a la máxima cristiana que cierra como con un broche de oro lo bueno que se desea, y lo malo que se crea, el «cabaret» de los Dientes del Perro no es ni siquiera un vago reflejo de lo que son los «cabarets» auténticos, es un «cabaret» idealizado que sube para asegurar el éxito de la obra en boletería. No es para despreciarlo, no da la noción de ser un centro de perfección moral, es algo así como el infierno del Dante del que ha dicho un poeta:

«El infierno de Dante no da miedo»
«Y como lo ha de dar si en su clausura suena aquel beso de Francesco y Paolo que no acaba jamás que siempre dura y que en el loco afán de sus excesos viene siendo uno solo cuanto puede enseñarse en sus mil fases.»

Y es inmoral porque despierta un deseo vedado; si queréis llegar al covencimiento de ello, observad: Ved en las localidades más populares del teatro donde acuden chicos del pueblo que no tienen nociones de arte y menos aun un discernimiento filosófico desarrollado para sacar una consecuencia saludable del cuadro que ante su vista se le presenta y notaréis con que calor, con que apasionamiento siguen a la protagonista de la obra, esa mujer que goza la libertad de frecuentar un «cabaret» con un lujoso traje, luciendo valiosas joyas y que canta un tango sensual, revestido de una tristeza poética, circundada de una aureola de admiración que deja suspensos a los oyentes. Seguid observando y al terminar el espectáculo notaréis que sus cuerpos son más flexibles, más armónicos, sus pasos parecen rimar los últimos compases del tango que bailara una pareja feliz.

Sus caras lánguidas, tristes, tienen toda la ideal tristeza de: cuando cantara esa canción que ellas llevan en sus mentes, como un cuento de amor, como un sueño nupcial, como un cantar de cantares que entonarán apenas amanezca el nuevo día recordando con envidia aquella sonrisa echa flor, que en la primavera del vicio se ierge como un lirio al pie del árbol de la vida. El papel de víctima los seduce; la serpe del mal los halaga.

A muy pocos les quedará grabada la máxima moralizadora que hubo pronunciado Jesús de Nazaret al encontrarse ante un perro muerto tan admirablemente se borda el cuadro del mal que el bien se pierde en contornos vagos...

Y, por lo demás si sinceramente se desea combatir el mal, vayamos a la causa de todos estos efectos, los intereses creados, son obra de las leyes, estos y ellos, han degenerado más tarde en el flujo y reflujo de las civilizaciones, no hay porque andar con eufemismos; es hora que se creen muchos valores, los valores de antaño no se cotizan hoy, hagamos teatro de acuerdo con los tiempos, cantemos a el Arte en su nueva pauta.

FREDI DI LOIS

Con la «Batalla»

Nuestro ideal

Al retribuir al saludo del simpático colega «La Batalla», lo hacemos un tanto amargados por la incomprendición que de nuestros ideales ha mostrado. Y si a sus apreciaciones contestamos no es con el mezquino interés de abrir una discusión con un periódico de prestigio, sino que ello va como reafirmación de nuestra fe de que PALAS ATHENEA persigue un ideal: la educación por el camino de la verdad, teniendo por norma el respeto de las ideas ajenas.

Sabíamos que una mirada superficial a nuestra labor daría por resultado el negarnos valores positivos por la vieja costumbre de imponer en las publicaciones un único punto de vista; de tratar sólo lo que favorezca a las ideas o miras que ellas sustentan; pero nosotros tenemos la certeza que al profundizar se verá que difundir ideas, sean cuales fueren, es un bello ideal porque no hay ideal más noble que el que se funda en la verdad, y, al buscarla, no tememos que nos lo diga nuestro adversario.

Además al desechar toda colaboración que atente contra la dignidad del hombre como la Política o que causen el extravío de los espíritus, como la Religión, creemos que es lo suficiente para no dar lugar a equívocos: queremos serenidad.

El argumento capital de la «Batalla», está en este párrafo: «El momento es de bregar hacia una rápida como completa transformación que permita después, sin inconvenientes, unirse y departir con todo el mundo por más diversidad de ideas y temperamentos que existan.» Y a esto precisamente nos oponemos. Deseamos que la humanidad, que se encuentra en el periodo álgido de la lucha por su misma salvación lleve el individuo en esa lucha una conciencia más amplia, una suma mayor de conocimientos; que sepa que hay otros ideales que no son los suyos y que debe respetar; queremos, en resultancia, educar al hombre, porque la educación es el arma que necesita para triunfar. El porvenir pertenece por entero al más apto y no al más entusiasta; la aptitud es el fruto de una serie de conocimientos y el entusiasmo lo es de una conmoción pasajera.

Nuestro saludo a los amigos de «La Batalla.»

Hambre y hambre

Hay en la vida dos clases de hambre; la una es pura, inmutable, regeneradora, la otra, es indolente y declinante.

La primera, obedece a leyes cósmicas, inexorables, necesarias.

La segunda, es el cumplimiento de una voluntad establecida conscientemente, en el seno de una casta inulta.

El hambre invariable, requiere un deber y el es, el respeto preconizante hacia ella.

En cambio, el hambre artificial, reclama otra obligación lo que si, en sentido dimorfo o sea, una aplicación impositiva que le imponga su completa demisión, y una estimulación que en su desarrollo tienda a hacerla perecer por toda eternidad.

Así lo reclama el buen sentido en aras de la depuración de la raza, de la emancipación de la esclavitud y del amor de la humanidad.

Matar el hambre indolente sería

concluir, con las castas privilegiadas.

Exterminar el privilegio, es acabar con el hambre pigmea, amorfa y temeraria.

Tanto da comenzar por aquélla, como por éste, ambos son lo mismo y marchan paralelas.

En este sentido, reinaría tan sólo el hambre pura y universal, fiel y noble devastadora del parasitismo.

ANTONIO G. CASTELLANO

A los sensibles

Como una bandada de pájaros, que instintivamente remontan el vuelo, por el simple hecho, de que, un carretero al pasar por la vera del camino, ha hecho sonar su latigo para asustar a las bestias que tiraban de su carro, en la misma forma, se remontan las ideas de los hombres, a los sonoros chasquidos de la revolución social, que hinche los vientos, repercutiendo en todos los ámbitos del mundo.

Por todas partes, surgen folletos, manifiestos, y libros, como un enjambre de niveas mariposas revoloteando en redor de una rosa encarnada (la revolución social) sin atreverse a posarse en ella, por temor quizás de que sus alas se tornen rojas al más leve contacto con la flor...

No temais los que tengais ideas..., los que améis a la humanidad; los que sintáis en vuestro interior ansias de libertad y justicia; los que habéis anatematizado el régimen putrefacto de los entronizados en los privilegios; los que habéis impulsado a los humildes a lanzarse en la senda de una nueva era, por todos los medios posibles, llegando si fuera necesario a los más grandes sacrificios; entendedlo bien, ¡a los más grandes sacrificios...! ¡no temáis...! Como vosotros, también tiendo mis brazos a todos los hombres, rebosando mi alma de amor humano. Pero mi idea, no tiene manchar la fuerza de sus alas al posarse sobre la rosa roja.

Como vosotros, yo también le digo a los hombres, que arranque de sus corazones las espinas de prejuicios que llevan clavadas. Como vosotros quisiera que todos los hombres fueran buenos; pero ¡hay! la semilla mala si se deja, concluye por invadirlo todo y la impureza vuelve de nuevo a surgir, aún quizás con redoblados brotes.

Los parásitos, los satisfechos, los que no salen de hambres y miserias; los que siempre han vivido en la opulencia, éstos, se opondrán siempre en nuestro camino hacia la emancipación. Y entonces ¿qué nos queda que hacer? Destruirlos; hundirlos para siempre, para que no puedan levantarse jamás. Acaso por esto deje de ser noble la finalidad que se persigue por medio de la revolución?

Si por la fuerza de la razón, es imposible abrirse camino, es preciso emplear la razón de la fuerza.

Es necesario hacer caso omiso a las sensibilidades que nos puedan morder en el camino. Es necesario aunar esfuerzos, revistiéndonos con todo el valor que las circunstancias requieran, para llegar a la cima de nuestras más gratas aspiraciones humanas, aunque tengamos que dejar en el sendero, pedazos de nuestras carnes y regarlo con nuestra propia sangre. Es necesario construir a todo costo, el puente sobre el abismo humano, pero fuerte, solidamente basamentado, para que las futuras generaciones puedan pasar sobre él, sin temor a caerse. Es necesario romper las cadenas que nos oprimen y libres los brazos, convertir en polvo, las graníticas rocas, que con embustes, los soezes, han constituy-

do para ocultarnos las verdaderas puertas de la libertad y justicia humana.

Una débil mujer, nua madre que viera a sus hijos en peligro, correría todos los riesgos de la vida, por salvar a su prole. Afrontaría las más álgidas circunstancias con un valor indecible, hasta si el caso fuera, de escudar a sus hijos ante la más fiera de las fieras en el mismo desierto, aunque sintiera las afiladas garras de su enemigo, pronto a partirla las entrañas y hundirse en su corazón.

No seáis cobardes. Dejaos de sensibilidades. No ensombrescais el camino de los mártires revolucionarios, que vierten su sangre generosa, en aras de las más gratas aspiraciones humanas.

R. DASSORI.

KROPOTKIN

Hay épocas en la vida de la humanidad en que la necesidad de una formidable sacudida, de un cataclismo que remueva la sociedad hasta en sus entrañas, se impone sobre todos los puntos a la vez. En estas épocas, todos los hombres de corazón están descontentos del orden de cosas existente, es preciso que grandes acontecimientos vengan a romper el hilo de la historia, para arrojar a la humanidad de los caminos de corrupción y de rutina, y lanzarla por vías nuevas a lo desconocido, en busca del ideal.

Se siente la necesidad de una revolución inmensa, implacable, que venga, no solo a derrumbar el régimen económico basado sobre la ruda explotación, la especulación y el fraude, la escala política basada en la dominación de unos cuantos, por la astucia, la intriga y la mentira, sino también a agitar la sociedad en la vida intelectual y moral, sacudir el estupor, rehacer las costumbres, llevar al ambiente de pasiones viles y mezquinas del momento el soplo vivificador de las nobles pasiones, de los grandes entusiasmos, de los generosos ideales. En estas épocas, en que la mediocridad ahoga toda inteligencia si no se posterna ante los pontífices, que la moralidad mezquina del *justo medio* hace la ley, y la bajeza reina victoriosa; en estas épocas, repetimos, la revolución es una imperiosa necesidad. Los hombres honrados de toda la sociedad invocan la tempestad para que venga a purificar con su hábito de fuego la peste que todo lo invade, a limpiar el enmhecimiento que lo roe todo y arrastrar tras si, en su furiosa marea, los escombros del pasado erigidos en obstáculos no es solo la cuestión del pan lo que se juega en estas épocas, sino una cuestión de progreso, contra la inmoralidad, de desarrollo humano, contra el embrutecimiento, de vida contra la fétida estancación del pantano. Mientras tengamos una casta de holgazanes que vivan de nuestro trabajo, so pretexto de dirigirnos porque son necesarios, estos holgazanes serían siempre un foco pestilente para la moral pública. El hombre gandul y embrutecido pecaría siempre de la más grosera sensualidad, envileciendo cuanto toque.

Con su saco de escudos y sus instintos de bruto, prostituirá niños, mujeres, arte, teatro, prensa; venderá a su país y a quienes lo defienden, corbarde para matar él mismo asesinará, lo mejor y más sano de su patria, por seres como él corrompidos el día en que vea en peligro su bolsa única manantial de sus alegrías y felicidades. Esto es fatal, y los escritos de los moralistas no lo evitarán. La peste está en nuestras entrañas, es, preciso destruir la causa, si decidimos proce-

der por el hierro y el fuego. No tenemos tiempo que perder, nos lo exige la salud de la humanidad, que se haya en imminente peligro.

Vosotros hombres jóvenes, poetas, pintores, escultores, si comprendéis vuestra verdadera misión y el exacto interés del arte mismo, venid a nosotros, poned vuestra pluma, vuestro lápiz, vuestro cincel y vuestras ideas al servicio de la revolución: presentadnos con vuestro elocuente estilo y con expresivos cuadros la lucha heroica del pueblo contra sus opresores; encended el corazón de nuestra juventud con ese glorioso entusiasmo revolucionario que inflamó el pecho de nuestros antecesores; decid a las mujeres que carrera tan gloriosa es la del marido que dedica su vida a la gran causa de la emancipación social.

Mostrad al pueblo que triste es su vida actual, y hacedle tocar con la mano la causa de su desgracia. Entonces comprenderéis cuán repugnante es esta sociedad: reflexionaréis sobre las causas de estas crisis, y el examen llegaría hasta el fondo de esta abominación que pone a millares de seres humanos a merced de la brutal ambición de un puñado de explotadores: Entonces comprenderéis que los anarquistas tienen razón al decir que nuestra sociedad debe ser reorganizada de pies a cabeza por esto se impone la revolución. La situación es puramente revolucionaria.

Que debemos hacer

No desarrollaremos aquí una tesis sobre lo que conviene o no, hacer, o método a emplearse para el mejoramiento propio, pero si diremos, que hay necesidad pronta e eminentemente profunda. Esto es; una reforma en nuestras habituales prácticas.

Justo será comprender que ello resulta una tarea ardua, y pesada en esa constante lucha que el hombre debe tener con sigo mismo. El trabajo que se realiza debe ser para la más alta afirmación del carácter, pero si la vida no está precedida de actos liberales, no podríamos decir que el hombre, es responsable de sus obras. También debemos tener en cuenta, que el esfuerzo que realize debe ser un alto exponente del criterio individual, de actos liberados. Nuestras cualidades deben ser cultivadas para nuestro perfeccionamiento propio, como lógicamente entendemos.

De tal manera si no fuera así no tendría objeto nuestra existencia. La base esencial de nuestra vida es la decisión. Un hombre no podría decidirse por cosa alguna y al mismo tiempo permanecer en el mismo estado en manera indecisa, si está llevado de cierta incertidumbre que lo imposibilita. Manifiéstase en nosotros la vida como una aspiración o deseo, que debe consumarse a fin de que no queden subyugadas en nuestra individualidad. Ahora bien las falsas necesidades deben de encontrar acogida en nosotros o debemos separarnos de ellas?

No hay duda que estas ejercen una poderosa influencia por cierto bastante perniciosa. Estas, nos separan de nuestra orientación supeditando nuestra voluntad y nos hacen eternos tributarios hacia la degradación en todos los ordenes.

Claudio Casttelazzi

Ayúdate que te ayudaré

De las inquietas aguas del Piréo, allá en el lejano horizonte asiático, surgían flamígeros los primeros nimbos opalinos que anunciaban en aquel hemisferio el amanecer de un espléndido día; nueva perla añadida al collar brillante de aquella soberbia primavera europea.

Athenas, cuna de la cultura occidental de aquellos tiempos rebozantes de fuerza, arte y sapiencia; Athenas la gran metrópoli griega, dormía envuelta aun en el nocturno sueño cuando, de sus puertas ciudadanas, salían presurosos dos hombres; Euterpio, el filósofo, acompañado de su discípulo Edipo.

Ambos no eran muy madrugadores, pero el motivo que los inducía a salir tan temprano de la ciudad era muy importante pues, en aquella misma noche, Edipo había recibido del esclavo de casa un mensaje urgente de su hermana, participandole una recalda repentina en la enfermedad de la madre que vivía en un pueblo distante pocas millas de Athenas.

Llevaban con ellos los medicamentos aconsejados por la ciencia hipocrática de la que Euterpio era un valiente y apasionado cultor.

Hombre de profundos conocimientos y elevadas convicciones el filósofo meditaba el modo de aprovechar ese viaje matutino y dar a su más querido discípulo, algunas lecciones reservadas de Sócrates y Platón — hijos privilegiados de Palas Athenea, cuya sabiduría honraba no solo esa época de luz trascendental, sino que trazaba un surco intelectual profundo en el cerebro de las futuras humanidades.

Ya la lección había principiado cuando, llegados a cierto punto de la vía, hallaron un hombre del pueblo cuyos esfuerzos desesperados tendían a sacar su carreta abismada en un hueco lodoso de la vía.

Muy irritado el carretero lanzaba improperios y maldiciones a granel contra los malvados e indolentes administradores de la república que, como todo gobierno, recargaban de contribuciones y gabelas al pueblo mientras dejaban las carreteras públicas en estado lamentable.

Estas quejas, intercaladas con blasfemias horribles y escandalosas contra todos los dioses y diosas del Olimpo, constituían un cuadro así repugnante para hombres de educación refinada y aristocrática.

Era evidente la necesidad de ayudar a aquel hombre, pero puesto en ese trance el discípulo, desconcertado, miraba con ansia al maestro para conocer su decisión.

«Ayudémosle;» dijo simplemente el filósofo.

«Maestro, contestó indignado el discípulo, es que este hombre con sus atrocidades y blasfemias, en vez de ayuda, se hace acreedor a toda la severidad de la ley.»

«Si; en sobrados motivos se funda tu indignación, pero alguna razón tiene también a su favor este pobre hombre que reclama nuestra solicitud e indulgencia.»

«Ten en cuenta, querido Edipo, lo apartado del lugar; la pobreza de su condición social y diferencia intelectual, añade también el aprieto momentáneo en que se encuentra y que significa, para él, la pérdida irreparable de un tiempo precioso; sobre todo pon en su beneficio los esfuerzos energicos y persistentes con que trata de arrancar la carreta del hoyo en que está metida.»

«Creo que no tenemos derecho a erigirnos en jueces implacables de

nuestros semejantes por cuanto, si nosotros nos encontráramos ahogando, sinceramente deseariamos que alguna alma buena nos sacara a flote.»

«Ayudémosle.»

Y lo ayudaron.

Concluida la fatigosa tarea el carretero, muy agradecido, siguió rápidamente su camino con rumbo a la ciudad.

Euterpio y el discípulo volvieron a reanudar la conversación filosófica interrumpida con aquel incidente y nuestros viajeros siguieron otro largo trecho de su viaje.

De repente, llegados a una bifurcación de la vía, vieron a un hombre que, hincado de rodillas, rezaba fervorosamente al lado de una carreta también caída en una zanja de la estrada. Suplicaba el creyente con humildes y apasionados acentos, la ayuda todopoderosa de los Dioses, rezando con sumo fervor para que aquellos se dignaran sacarlo bondadosa y rápidamente del apuro. Ninguna persona sensata y piadosa hubiera puesto en duda que semejante plegaria, tan ardiente y expansiva, sostenida por esa fe intensa que opera milagros, no hubiese de llegar en pocos instantes hasta los peldaños del trono olímpico y conmover a los augustos e inmortales del imperio.

«A ese santo barón si que le voy a ayudar con toda gana, fuerza y corazón;» dijo el piadoso discípulo arremangándose y levantando los cantos de la túica.

El maestro lo detuvo con un gesto, diciéndole:

«Si bien recuerdo, el carretero de esta mañana clamaba, vituperaba, blasfemaba, es cierto, pero al mismo tiempo hacia lo humanamente posible para arrancar su carreta del hoyo; este otro, aún cuando reze con toda el alma y nadie ponga en duda su fe, sin embargo, si bien observas, no se ayuda, no hace esfuerzos, ni se incomoda para nada.»

«Por cierto el hombre sabrá lo que hace; no te atrevas, Edipo, a interpelar entre él y la gracia de los Dioses.»

Convencido el discípulo de la bondad de tal raciocinio se alejó, junto con el maestro, llegando ambos en breve el fin de su viaje.

Habiéndose durante la noche mejorado bastante la madre de Edipo con los remedios y el tratamiento de Euterpio, resolvieron volver ambos a Athenas siguiendo la misma vía del día anterior.

Ya en camino, y más alegres que en la víspera, maestro y discípulo establecieron una interesante controversia respecto a ciertas ciencias esotéricas, recién importadas del oriente y que comenzaban a difundirse en aquella época en la Grecia, cuando tropezaron con el primer carretero que volvía de la ciudad contento y satisfecho por haber vendido toda su mercadería.

Llevaba ahora a la familia, en buenas y sonantes dracmas de plata, el merecido fruto de sus sudores.

Algunas horas más tarde hallaron también al segundo carretero, el cual, cansado de tanto rezar, descansaba durmiendo plácidamente al lado de su carreta tan encajonada en el barro que hubiera podido servir de molde para una fundición.

«Parece, sentenció el filósofo, que allá arriba los Dioses están muy atareados puesto que hacen esperar tanto la concesión de su gracia a este pobre carretero.»

El discípulo comprendió la antífona, y ambos se alejaron meditando cada uno sobre el verdadero sentido del refrán popular: **AYÚDATE QUE TE AYUDARÉ**.

Augusto D. Benedetti.

Los periódicos Socialistas

¿Queréis saber por qué no leo ningún periódico socialista, sindicalista, etc., es decir, de lucha social? Pues, porque esa aburrida «prosa» que constantemente martillea nuestro cerebro constituye un insulto a la naturaleza humana que aspira de continuo a desenvolverse en todas sus fases. Es que a través de sus páginas vemos revivir tanto los intelectuales como los obreros, siempre el utilitarismo, la cuestión económica, el eterno olor a taller como queriendo absorver todas nuestras facultades en una ferréa disciplina. Y es que al olvidar los grandes problemas del espíritu se le niega al Hombre amplitud; se le niega el libre desarrollo de su mentalidad; se le niega la sublime belleza de «sentirse» mejores, poderosos.

Cabe llamar a esos periódicos mercaderes? No lo sé. Pero si se que lo son aquellos que no se extremecen ante la pálida figura de Hamlet o no sienten una alegría infantil bajo el cielo de una mañana purísima...

William Scott.

Juicios Naturistas

LA ANATOMÍA

La ciencia médica, o más bien dicho sus prosélitos, y admiradores, no hacen más que demostrar intensos sentimientos, de admiración y respecto a la Anatomía.

No quieren convencerte como bien lo ha dicho ya Paracelso, que si por un lado la Anatomía constata intactamente la posición de los músculos y de los huesos en el cuerpo; en cambio, no introduce ni en la menor forma una vida nueva en el organismo. En efecto:

¿Qué nos dice la Anatomía, de los conocimientos de la sangre; de la conversión del cuerpo de la Sal, Azufre y Mercurio que existe en el organismo? La Anatomía, aún no está elevada ni siquiera en los dinteles de la verdad. he ahí por que consideramos una extravagancia, ese orgullo ignorante y pomposo de los alópatas.

DIX.

LA ALIMENTACIÓN IDEAL

Nutrirse de frutos es para el hombre la alimentación ideal. La Naturaleza nos ofrece nuestro verdadero alimento en estado de perfecta preparación en las frutas maduradas al sol. Las frutas representan el último grado de desenvolvimiento evolutivo del vegetal, son su más elevada producción, su «quinta esencia» para así decir: una especie de condensación de la vida. Es la fruta que contiene y alimenta la simiente.

En ella, lo mismo que en las partes circundantes, están concentrados en forma de alcaloides, sus más energéticos principios, el germen donde duerme el potencial del embrión que debe reproducirlas, pronto a salir de su seno a la primera sonrisa del Sol. Es, pues, a esa fuente, donde el hombre, verdaderamente debe ir para conservar su vitalidad y reparar sus fuerzas. Ese alimento, a más de ser sano y fortificante, es perfectamente elaborado y pronto para ser llevado a la boca con las manos.

No hay necesidad de preparaciones ni artificios. Toda y cualquier tentativa para corregirlo o modificarlo, sólo consigue degradar una obra perfecta.

Cuando se repara en el sabor de las frutas, pregúntate uno por qué aberración llegó el hombre a preferir la horrible carne descompuesta que

por cierto no se atrevería a llevarla a la boca sin haber, de antemano, recurrido a la química para disimularle el aspecto, el olor, el sabor, pero que es impotente para quitarle sus principios maléficos.

La carne, a pesar de todos los artificios, sigue siendo lo que es: producto de muerte que mata a su vez. Apresurémonos en volver a la Naturaleza.

DR. JULIO GRAND.

¿EL NATURISMO ES UNA SECTA?

No es cosa corriente creer que somos una secta o que profesamos determinada religión.

Ni lo uno ni lo otro.

La diferencia fundamental entre Religión y Secta es que la una es coercitiva y la otra separa. El Naturismo no es una secta, ni tampoco una religión en el sentido vulgar del vocablo: es algo más.

Unid a toda la humanidad en un credo común, estableced entre todos los humanos el absoluto reinado del amor, y si exclusivamente de ese reinado a todos los demás seres, no habréis constituido otra cosa que la mayor de las sectas posibles —pero de ninguna manera la Religión. Secta más o menos grandes son lo que suele denominarse Religiones. La Religión es una y es natural. El impulso de evolución es común a todo y a todos, y nos anima en el seno de la Naturaleza, Madre también común de todo.

El hombre divorciado de la Naturaleza no puede tener religión, sinó sólo secta. El Naturismo al unir el hombre a la Naturaleza hace posible la Religión única y natural, que consiste en el amor infinito a todo y a todos.

Por sus sectas los hombres inmoran víctimas y se odian y se matan entre sí; por el Naturismo los hombres se unen a la Naturaleza y entre sí. Vínculo y religión son sinónimos. El Naturismo es el vínculo universal.

IVOTIS PRACHAM.

Afirmaciones de la Individualidad

El yo — Yo soy un centro a mi alrededor gira el mundo. Yo soy un centro de influencia y poder. Yo soy un centro de pensamiento y conciencia. Yo soy independiente del cuerpo. Yo soy inmortal y no puedo ser destruido. Yo soy el invencible y no puedo ser dañado. (Yo)

Yo soy una entidad. Mi mente es mi instrumento de expresión. Yo existo independiente de mi mente y no dependo de ella para existir o ser. Yo soy amo de mi mente y no su esclavo. Yo puedo poner aparte mis sensaciones, emociones, pasiones, deseos, facultades intelectuales y todo el resto de mi colección de instrumentos mentales como cosas del «yo» y todavía queda allí algo y ese algo es yo, que no puede ser puesto aparte por mí, porque es mi mismo ser, mi único ser, mi real ser —Yo— Aquello que queda después de que todo lo que puede ser puesto aparte ha sido puesto aparte, es el Yo —mi mismo, eterno perejil, sin cambio. (Yo soy.)

Yo tengo voluntad, es mi propiedad y mi derecho inalienable. Yo me propongo cultivarla y desarrollarla por la práctica y el ejercicio. Mi mente es obediente a mi voluntad. Yo afirmo mi voluntad sobre mi mente. Yo soy clamo mi dominio. Mi voluntad es dinámica, llena de fuerza, energía y poder. Yo siento mi fuerza. Yo soy fuerte. Yo soy vigoroso. Yo soy vital. Yo soy un centro de conciencia, energía, fuerza y poder y yo reivindico mi derecho nativo.

Estoy usando mi atención para desarrollar mis facultades mentales como para dar al Yo un instrumento perfecto con el cual trabajar.

La mente es mi instrumento y estoy llevándola a un estado de capacidad para obra perfecta. Soy un alma, poseedora de canales de comunicación con el mundo externo. Usaré esos canales y por medio de ellos adquiriré la información y el conocimiento necesario para mi desenvolvimiento mental. Ejercitare y desarrollaré mis órganos de los sentidos, conociendo que si lo hago así haré que se desarrollen los sentidos más elevados, de los cuales aquello son sólo los precursores o símbolos. Estaré «muy despierto» y abierta al influjo del conocimiento e información. El universo es mi casa. Yo lo exploraré.

Yo soy un ser mayor y más grande que lo que había concebido. Estoy desenvolviéndolo gradual pero positivamente más elevados planos de conciencia. Estoy adelantando y ascendiendo constantemente. Mi meta es la realización del verdadero ser y doy la bienvenida a cada estado de desenvolvimiento que me conduce hacia mi aspiración. Yo soy una manifestación de la realidad.

Por el Mundo del Trabajo

Pensábamos hacer los comentarios que lógicamente exigen los actuales momentos, pero una ligera indisposición del compañero que redacta esta página, nos obliga a no ocuparnos extensivamente del movimiento Obrero; sin embargo lo haremos brevemente, del conflicto que en estos momentos sostienen los obreros de la Cervecería Montevideana.

Este movimiento fué impulsado por la tenaz situación económica, por la cual atraviesan los hogares de esos compañeros.

Al estallar la huelga se ha puesto de manifiesto una vez más, la incapacidad obrera, para encarar las necesidades y aspiraciones del porvenir.

Incapacidad, por que creemos que los conflictos no se han de solucionar favorablemente hasta tanto no se reúnen las tácticas de lucha.

No comprendemos como después de tantos desaciertos cometidos por la organización en sus luchas pasadas, siguen empleándose los mismos medios en los conflictos a que diariamente nos impulsa el Capital.

Las épocas se renuevan y es forzoso marchar de acuerdo con ellas, a fin de no fracazar en nuestro intento.

Los viejos métodos sólo sirven hoy para entorpecer el paulatino desarrollo de la conciencia entre las masas proletarias. A nuevas épocas nuevas exigencias; por lo mismo creemos que en las actuales circunstancias se impone imitar el gesto sublime de los revolucionarios Italianos en cambio de provocar conflictos de resultados problemáticos y de estériles consecuencias para las fuerzas impulsivas del trabajo.

Deseamos ver coronando con el triunfo el magnífico esfuerzo de esos valientes trabajadores; así como que, en las próximas jornadas, se tengan en cuenta éstas ligeras observaciones.

¡A tiempos nuevos; nuevos métodos de lucha y de vida!

ARMANDO LIO

Acotaciones

EL ORADOR

¡Qué hermosas frases; qué maravillas de sugerencias crea tu verba cálida; qué mar bullente de entusiasmos haces agitar en nuestras venas! ¡Y qué tonto eres!

Tú, que tienes la clara visión del porvenir y predicas el evangelio de la verdad, de las libertades, de la razón; que pregonas la revolución como único poder capaz de hacer triunfar los sanos ideales de redención, cállate. Y ocúntate cuando quieras ejercitarte tu voz y no vuelva ella a vibrar en público, porque perdió para mí su encanto y te diría ante la multitud que te escucha. Falso; eres un conservador!

Conservador, porque año tras año veo tu figura alzarse de entre la masa que estremecida por el extraño influjo de tu voz tan sonora como llena de luz, hinchados los pechos plenos de entusiasmo, prontos a estallar a tu insinuación ¡adelante! pero que como el payaso, una vez terminada la farsa, te inclinas y te alejas inconsciente de la tremenda hoguera que tu mágica palabra acaba de encender y tu fría retirada de apagar.

Oradores revolucionarios ¡atrás! Qué Malatesta, no se avergüenze!

Max Stirner

Revolución e insurrección no son sinónimos. La primera consiste en un trastorno del orden establecido del estatus del Estado o de la Sociedad; no tiene, pues, más que un alcance político o social. La segunda acarrea, si, como consecuencia inevitable el mismo trastorno de las instituciones establecidas, pero no es ese su objeto; no procede más que del descontento de los hombres: no es un motivo o alboroto, sino el acto de individuos que se alzan, que se levantan, sin preocuparse por las instituciones que van a crucijar bajo sus esfuerzos, ni por las que de ellas podrán resultar. La revolución tiene sus miras en un régimen nuevo; la insurrección nos lleva a no dejarnos ya regir, sino a regirnos nosotros mismos, y no funda brillantes esperanzas sobre las «instituciones porvenir». Es una lucha contra lo que se haya establecido, en el sentido de que, cuando vence, lo que se haya establecido se derrumba ello solo. es mi esfuerzo para desprenderme del presente que me opone; y en cuanto lo he abandonado, ese presente ha nuestro y entra en descomposición: No siendo mi objeto derribar lo que es, sino elevarme por encima de ello: Revolución ordena instaurar, instaurar.

Insurrección no tiene nada de político ni de social quiere que uno se subleve, que alcance intimamente.

Es un político, y lo seguirá siendo por todo la eternidad, aquel que aloja al Estado en su cabeza o en su corazón, o en los dos a la vez: es un poseído del Estado tiene la fe.

La Iglesia tiene los pecados mortales, el Estado tiene los crímenes que acarrean la muerte.

Fé de Errata

Dado el apresuramiento con que se ha compaginado la 2.^a página se han deslizado en el artículo titulado: «El Arte Teatral» desde el punto de vista sociológico» varios errores, como ser: al final del 2.^o párrafo, donde dice: susjeres debe leerse: «burgueses»; al párrafo siguiente donde dice: maror debe leerse «marco», y donde dice: mesa de dirección, debe leerse, «mesa de disección». En el final del verso donde dice: puede enseñarse en sus mil faces, debe leerse «puede encerrarse en cien mil besos» donde dice: la ideal tristeza de, debe leerse el nombre de la protagonista o sea «María Esther», y otros pequeños errores que el buen criterio salvare.

LA REDACCIÓN